



COLECCIÓN ANIVERSARIO

Homenaje a José Martí. Discursos



Felipe Martínez Arango
Carlos A. Martínez Fortun
Rafael G. Argilagos
Carmen Palasí Ferrer
Arturo de Jongh Caula
José Linares Costa
con prólogo de Israel Escalona Chadez

COLECCIÓN ANIVERSARIO

Homenajes a José Martí. Discursos



Felipe Martínez Arango
Carlos A. Martínez Fortun
Rafael G. Argilagos
Carmen Palasí Ferrer
Arturo de Jongh Caula
José Linares Costa

con prólogo de Israel Escalona Chadez



Ediciones UO



Primera edición: Universidad de Oriente,
Santiago de Cuba, 1948

Edición y composición: Carlos Manuel
Rodríguez García

Diseño de cubierta: Adrian Amed Garcia
Jardines

Digitalización: Maite Pérez Muñiz

Imagen de cubierta: ilustración de Enrique
Marañón Calderín, publicada en la revista
Santiago, no. 46, 1982

© Universidad de Oriente, 2022

© Sobre la presente edición
Ediciones UO, 2022

ISBN: 978-959-207-699-0

EDICIONES UO

Ave. Patricio Lumumba no. 507

entre Ave. de las Américas y Calle 1ra

Reperto Jiménez, CP 90500

e-mail: edicionesuo@gmail.com

www.facebook.com/edicionesuo

página web: <https://ediciones.uo.edu.cu>

Este texto se publica bajo licencia Creative Commons *Atribucion-NoComercial-NoDerivadas* (CC-BY-NC-ND 4.0). Se permite la reproducción parcial o total de este libro, su tratamiento informático, su transmisión por cualquier forma o medio (electrónico, mecánico, por fotocopia u otros) siempre que se indique la fuente cuando sea usado en publicaciones o difusión por cualquier medio.

Se prohíbe la reproducción de la cubierta de este libro con fines comerciales sin el consentimiento escrito de los dueños del derecho de autor. Puede ser exhibida por terceros si se declaran los créditos correspondientes.

El precoz testimonio de la imperecedera vocación martiana de la Universidad de Oriente

Cuando en 2017 los organizadores de la II Convención de Ciencias Sociales y Ambientales —convocada por la Universidad de Oriente— me solicitaron que realizara una “intervención especial” —término que siempre compromete y hasta inhibe— sobre José Martí, en atención a que el cónclave se clausuraba el 19 de mayo, en el 122 aniversario de la caída en combate del héroe nacional cubano, consideré que no había una mejor manera para homenajearlo que esbozar los estrechos e indisolubles vínculos que unen a José Martí con la Universidad de Oriente y, sobre todo, en aquellos años fundacionales en los que el centro de Altos Estudios se integró plenamente a la lucha por la verdadera y definitiva liberación nacional. Al respecto afirmé que:

El legado de Martí marcó la actuación de quienes lucharon por dotar a nuestra universidad de un carácter de sólidas bases democráticas y científicas. Entre sus gestores, fundadores y primeros profesores hubo personalidades que contribuyeron notablemente a la defensa y amplia socialización del legado martiano.¹

De manera que no fue casual que a poco más de tres meses de fundada la novel institución educacional organizara un ciclo de conferencias con motivo del 95 aniversario del nacimiento

¹ Israel Escalona Chadez: “José Martí: una presencia imperecedera en la Universidad de Oriente” en *II Convención Internacional de Ciencias Sociales y Ambientales*.

del Maestro, que luego el Departamento de Relaciones Culturales los compendió en el volumen *Homenaje a José Martí*.

Es extremadamente simbólico que en el contexto de la conmemoración del 75 aniversario del Alma Mater oriental y cercanos a los 75 años de la edición del valioso folleto, Ediciones UO haya decidido publicarlo.

Para una exacta comprensión de *Homenaje a José Martí* se debe partir del contexto en el que se publicó. Oscar Zanetti escribió que: “Los años del 40 y 50, sobre todo los primeros, marcan un momento de auge en el movimiento historiográfico cubano, el cual se expresa no tanto en la envergadura y alcance de las publicaciones como por la cuantía y diversidad de éstas”.²

Dentro de este comportamiento sobresale el tratamiento a la temática martiana, lo cual está relacionado con el acontecer político nacional y, de manera muy notoria, por la conmemoración de importantes efemérides relacionadas con el Héroe nacional, entre otras el cincuenta aniversario de la fundación del Partido Revolucionario Cubano, del inicio de la guerra de independencia, de la caída en combate del Apóstol y el centenario de su nacimiento.

En un período en el que la historia de Cuba transitó por los caminos de la democracia al calor del enfrentamiento mundial contra el fascismo, el fracaso del nacional reformismo con el desempeño gubernamental del autenticismo, las manifestaciones de la guerra fría y el inicio de la última etapa de la lucha por la liberación nacional, la personalidad de José Martí continuó en el centro del debate académico y político y del decursar mismo de la nación cubana.

La publicación de esta nueva edición de *Homenaje a José Martí* permite auscultar el pensamiento de profesores y alumnos de una universidad que proclamó como atributo esencial el de “Ciencia y Conciencia”.

En la voz autorizada y firme de Felipe Martínez Arango, en las palabras de apertura del ciclo de conferencia, emerge el

² Oscar Zanetti Lecuona: “La proyección historiográfica de un siglo”, en *Debate Americanos*, no. 10 julio-diciembre, 2000, pp. 5-24.

pensamiento progresista del núcleo fundador de la Casa de Altos Estudios. Inspirador y organizador del homenaje al Maestro, el entusiasta Director del Departamento de Relaciones Culturales esboza el “perfil vigente de Martí”, que ampliaría cinco años más tarde en el Ciclo Martiano por el centenario del nacimiento del Apóstol, al considerar:

Dentro de la órbita de la política nacional e internacional, mientras existan el peculado, la discriminación, la injusticia negadora de la República cordial, integrada por los “elementos naturales del país”, “con todos y para el bien de todos”; la supervivencia, en una palabra, de un colonialismo trasnochado, que no pudo liquidarse en la revolución por él desencadenada en el 95; mientras el imperialismo agresivo amenace con repartirse la faz del planeta sin respeto para las pequeñas nacionalidades. Mientras corta distancia de nuestras playas, Puerto Rico gima miserable y angustiada, José Martí tendrá cosas por hacer en tierras de América.³

A contrapelo de la advertencia sobre las conferencias impartidas por los estudiantes, se muestra la madurez del alumnado, capaz de delinear aristas esenciales del pensamiento martiano.

Por último, se evidencia el espíritu comprometido y extensionista de la novel institución, abierta a la relación con la sociedad civil en busca de una colaboración recíproca. Como tal se deben interpretar los vínculos con “La Rosa Blanca” y la presencia e intervenciones de Martínez Fortún y de Rafael Argilagos.

Es bienvenida esta nueva edición de *Homenaje a José Martí*, en la que se advierte el cuidadoso trabajo del equipo de Ediciones UO, al que también hay que felicitar por la decisión de incluir una obra de Enrique Marañón Calderín, un artista de la plástica e insigne profesor, para la cubierta, como antes lo fuera de un número de la revista *Santiago*, publicación universitaria que sentó pautas en la exégesis del universo martiano⁴.

³ Felipe Martínez Arango; “Martí en la Universidad de Oriente” en *Homenaje a José Martí*, Ediciones UO, Santiago de Cuba, 2022, p. 9.

⁴ Cfr. Israel Escalona Chadez y Yumileydis Maceo Hierrezuelo, “Revista *Santiago*: cincuenta años en la exégesis del universo martiano”, en *Revelaciones*

Cuando se escriba la definitiva historia de la recepción martiana en el oriente cubano, los aportes de su Casa de Altos Estudios deberán ocupar un lugar fundamental. De esa larga y sostenida tradición, Ediciones UO les entrega a los lectores *Homenaje a José Martí*, el precoz testimonio de la imperecedera vocación martiana de la Universidad de Oriente.

Dr.C. Israel Escalona Chadez

Universidad de Oriente, Cuba

de historias regionales y locales, Ediciones UNHIC, La Habana, 2021, tomo 2, pp. 413-424.

Martí en la Universidad de Oriente

Palabras de apertura pronunciadas en la velada martiana por el doctor
Felipe Martínez Arango, Director del Departamento de Relaciones
Culturales de la Universidad

Señor Rector de la Universidad,

Señores Miembros del Consejo Directivo de la Universidad,

Señor Presidente del Consejo Nacional de la Orden de la Rosa
Blanca, Hermanos de la Orden de la Rosa Blanca,

Compañeros profesores,

Compañeros alumnos,

Señoras y señores:

Con profunda y responsable emoción —más aún, si cabe, que en previas ocasiones— nos acercamos esta noche a la figura señera, y luminosa de José Martí, para conmemorar, a tono con su espíritu su prédica, el nonagésimo quinto aniversario de su nacimiento.

El marco mismo del acto, la suma de sus elementos activos, la intención que lo anima, explican la afirmación inicial y el distinguo que va implícito en ella.

Y es, que un feliz encadenamiento de circunstancias nos ha permitido organizar la velada de hoy en el máximo centro de cultura de la capital de Oriente, codo a codo con su alumnado alerta, con su Profesorado competente y pictórico de modernas inquietudes, culturales y éticas y en fraternal compañía de los miembros de la benemérita “Orden de la Rosa Blanca”; a la que también tenemos la fortuna de pertenecer —por espontánea solicitud de sus fundadores —tres miembros del Claustro Universitario: los profesores Cañas Abril, Griñán Peralta y el que se honra al hablarlos.

Está con nosotros esta noche —haciéndonos el honor de su presencia— Carlos Martínez Fortún, fundador de la Orden aludida, martiólatra ilustre, ilustre autor del Código Martiano, intelectual de fina sensibilidad, cubano de subido valor moral, maestro incansable de la doctrina del Apóstol. Lo acompañan también distinguidos miembros del Consejo Nacional de la Orden, cuya presencia aquí colma nuestro júbilo.

¿Y no están también: Argilagos, el precursor, el de los “Granos de Oro”? ¿Y Lavié, el literato Martista, el iniciador con Juan Francisco Sariol y el grupo de Manzanillo, de la primera Velada Martiana celebrada en aquella ciudad en 1926?

¿Y Griñán Peralta, el historiógrafo distinguido, buceador profundo del pensamiento y del carácter martianos?

¿Y Salcines, nuestro activo Rector, luchador infatigable por una tumba digna para nuestro Apóstol?

Queda aquí cancelada la enumeración que sería extensa, y que nos pondría en el trance de seguir hiriendo la sincera modestia, de amigos muy estimados.

Pero quede también de manifiesto —y esto es lo central de nuestro propósito— que con estos comensales, dados el escenario y ambiente señalados, el acto de esta noche, en el Aula Magna de nuestra querida Universidad de Oriente, no podía ser —no es— un vulgar banquete martiano, ni un acto más de pura pompa externa y formalista, hueco de contenido medular y activo.

La velada de esta noche debe consistir —y esta ha sido nuestra intención, a tono además con las normas básicas de la Universidad— de una parte, en la exégesis profunda y esencial de la conducta y del pensamiento martianos; y de otra, en el propósito inquebrantable de asimilar, retransmitir y practicar, su mensaje clarísimo, vigente hoy más que nunca en una Patria anárquica y corrompida, en un mundo injusto e histórico.

Esto sí debe interesar a la Universidad y de manera especial al alumnado responsable que concurre a esta conmemoración de íntima entraña universitaria.

Quede esbozada pues, —aparte de la norma que establece— la fecunda trascendencia y la singular jerarquía espiritual del acto; de esta sencilla reunión martiana que quisiéramos adecuar a la sencilla grandeza de Martí.

Antes de proseguir es justo que consignemos, —a nombre del Departamento de Relaciones Culturales— nuestra profunda gratitud hacia todas aquellas personas sin cuya valiosa cooperación hubiera sido poco menos que imposible la realización de esta Velada. Me quiero referir a nuestro Rector, a los profesores y a los alumnos todos, a quienes corresponde en última instancia la iniciativa de esta reunión. Y de una manera específica, a mi dilecto amigo y compañero, el Dr. Max Figueroa, para quien nunca existen problemas, esta vez por su maravilloso arte de resolverlos. A los alumnos Manuel Rubio Portilla, Presidente del Comité Gestor de la Asociación de alumnos de la Universidad de Oriente, y María Luisa Bory dinámica organizadora y Directora de los números musicales, a Elba Bueno Clavijo, Arturo de Jongh, Margot Castilla, Electo León, y a las gentiles integrantes de nuestra incipiente Coral Universitaria. Para estas y para los alumnos que disertarán brevemente esta noche sobre diversos temas martianos, pido un tanto de benevolencia a los presentes. Y ello, no por limitaciones en la aptitud o en la capacidad, sino simplemente, porque envueltos aún en el fárrago angustioso de los exámenes, no han dispuesto del tiempo necesario para esta nueva tarea, que han aceptado únicamente, por su noble espíritu universitario y por su devoción hacia nuestro Apóstol.

Y para terminar, reanudando el hilo que conduce hacia el varón excelso cuyo natalicio conmemoramos, queremos decir —a manera de prólogo a lo que voces Martianas de legítimo acento habrán de subrayar en breve— y dirigiéndonos primordialmente a la juventud universitaria que nos escucha, que urge continuar el insoslayable deber de combatir la desnaturalización que la mala fe, la mediocridad o la falta de información en el mejor de los casos, pretenden realizar de la vida y el evangelio martianos.

A veces por el torcido cauce del mito se ha caído en el lugar común. Con frecuencia relativa se nos quiere hacer comulgar, de viva fuerza, con un Martí estilizado, lamido, seráfico, de altar y coronilla, deshumanizado en una palabra. Vale decir falsificado y por tanto alejado de las realidades humanas y de los naturales destinatarios de su doctrina, cuya vigencia por esos caminos quedaría totalmente cancelada.

Por suerte la personalidad impar y polifacética de nuestro prodigioso compatriota ha sido ya correctamente interpretada por las más altas voces del continente.

Aparte de su condición de extraordinario líder político, de patriota integérrimo y de Mártir por la libertad de Cuba y el decoro humano, fue Martí pensador profundo de raíz vitalista, hondamente preocupado por los problemas morales; orador singularísimo, uno de los más notables de cuantos se hayan expresado en español; estadista genial, cuya desaparición prematura en la manigua heroica torció catastróficamente —y a pesar de sus previsiones— los mejores destinos de nuestra patria.

“Me enseñó a sentir” diría de él con acento emocionado Unamuno, el vasco recio y extraordinario; y añadiría: “Se me reveló como un hombre, todo un hombre y un maravilloso escritor”. Otro gran español, peregrino por tierras de América, por obra y gracia de la neobarbarie fascista, don Fernando de los Ríos, consideró a Martí “la personalidad más conmovedora, patética y profunda, que ha producido hasta ahora el alma hispánica en América”.

Prosista insigne, fue además original poeta precursor, uno de los más notables de Hispanoamérica. Al conocer su caída en los campos de Cuba, de cara al enemigo, Darío —¡el Divino Darío! —exclamó: “¡Pero, oh Maestro, que has hecho!”. Tal vez escapó al lírico eminente, que el gran poema de Martí fue su vida ejemplar, y su mejor estrofa la última, la escrita con su propia sangre entre el humo y las balas de Dos Ríos.

Su insobornable actitud frente a las injusticias humanas lo situó invariablemente junto al desposeído, junto a los “pobres de la tierra”.

Psicólogo y sociólogo eminente; ciudadano de ejemplar honradez, ganado por la idea de hacer el bien; Maestro de pasmosa cultura, enciclopédica, romántico de tono místico a veces, fue —aparente antinomia— el mejor informado y el más realista de los grandes libertadores de América.

Pero es que Martí fue el “genio opónimo de la raza”, según certera calificación de Carlos Martínez Fortún. Y aquí, unido a lo que después se dirá, está dada en suficiente medida la clave

martiana. Pues aunque amó a Cuba sobre todo, su alma de síntesis estuvo transida de resonancia universal.

Afortunada nuestra nación por haber dado al mundo, en nuestro compatriota, una de sus individualidades más preclaras tanto por su ejecutoria como por sus esenciales valores humanos.

¿Y qué decir de su doctrina trascendente? En su aspecto filosófico y moral, su vigencia es indiscutible por su vivo y permanente contenido humano.

Dentro de la órbita de la política nacional e internacional, mientras existan el peculado, la discriminación, la injusticia negadora de la República cordial, integrada por los “elementos naturales del país”, “con todos y para el bien de todos”; la supervivencia, en una palabra, de un colonialismo trasnochado, que no pudo liquidarse en la revolución por él desencadenada en el 95; mientras el imperialismo agresivo amenace con repartirse la faz del planeta sin respeto para las pequeñas nacionalidades. Mientras corta distancia de nuestras playas, Puerto Rico gima miserable y angustiada, José Martí tendrá cosas por hacer en tierras de América.

El tema, apenas esbozado, es sugestivo y tentador en grado sumo, mas debo terminar estas cuartillas de mera apertura, para ceder la palabra a las personas que, de inmediato, nos habrán de hacer meditar en esta Aula Magna.

Pero sugiero, que antes de abandonar el recinto adonde nos reunimos esta noche tan señalada, contemplemos con profunda mirada interior, la figura excelsa del Apóstol, tersa la frente montuosa, acogedora y dulce la mirada y en alto el índice de la diestra, como señalándonos el camino del deber aún incumplido.

Es una invitación a recorrer en su augusta compañía los senderos de nuestros deberes cívicos y la ruta de nuestro destino histórico, como miembros de la comunidad de naciones americanas y del mundo. En una palabra, la realización integral de su doctrina. Afirmémonos en el propósito de no ser remisos a la cita ¿Qué homenaje mejor en el día de su natalicio?

Muchas gracias

Martí literato

Por la alumna Carmen Palasí Ferrer¹

Sr. Rector de la Universidad,
Señor Director del Departamento de Relaciones Culturales,
Sr. Presidente del Consejo Nacional de la Orden de la Rosa Blanca,
Sres. miembros de la Orden,
Sres. profesores, compañeros, señoras y señores:

Precursor de movimiento literario modernista en Hispanoamérica le llaman. Pero, ¿puede pensarse en Martí solo como precursor? Hay en su obra anticipos de ese gran movimiento literario que venía de allende los mares pero no podemos imaginárnoslo tratando voluntariamente de iniciar esta obra renovadora. Podemos llamarle el precursor involuntario porque Martí era genial, era un hombre trascendental y no podía estar dentro de los límites de una escuela o época. Libertad era su credo, su vida toda se la dedicó a ella. Estas ideas como sus magníficas condiciones de carácter están presente en su obra: sinceridad, espontaneidad, libertad artística y originalidad que podemos llamar “martianas” están en sus versos, en su prosa, en su pieza oratoria; resultó nuevo, moderno, único, y estamos con Iduarte cuando dice: “El precursor apunta y muere, y el apunta y muere para los modernistas, pero ¿es, esto definitivo? ¿Es definitiva

¹ Es bueno advertir que este trabajo y los dos que siguen, constituyen un generoso esfuerzo realizada —en brevísimo tiempo— por tres jóvenes alumnos de primer año, novatos en lides de la pluma, y recién iniciados en el estudio serio de la vida y la obra de José Martí. [*Nota de la primera edición*]

esta calificación de escuela temporal por grande y valioso que sea el modernismo?

“Su modernidad apunta más lejos que la de los modernistas”, cree Onís. Y es más válida y patente que entonces. ¿No lo está siendo más cada día? Y estamos de nuevo con Iduarte al decir: “Martí no es sólo el precursor que brilla y se va. Es el libertador del prosaísmo y la Academia. Es el punto de partida más visible de una gran revolución literaria. Como estuvo y está en lo mejor del modernismo sin escuelas que pudo conocerlo —Darío, Unamuno, Juan Ramón Jiménez, Gabriela Mistral— lo está en toda verdadera poesía sobrepasando modas y derrotando cenáculos”. Y a esto llegó porque lo que dio a su arte fue lo más puro, elevado y complejo de sí mismo plasmado en característica originalidad “hizo bueno el oficio de hombre” y a él subordinó su obra literaria y así sin proponerse grabar su nombre en las páginas de la literatura Hispano Americana, este perdurará como el autor de una obra brillante y original.

Su prosa está al servicio de tres ideales: por la patria, por la Verdad, por la Belleza. A estos dedicó las actividades infatigables de su pluma pero, en todo asunto fue la suya una prosa nueva, vigorosa, de vivo colorido y de intenso poder descriptivo. Martí fue por encima de todo un escritor original, al leerle, es esta la impresión dominante que nos deja. Poseía una coincidencia de estilo que él mismo llegó a conocerse como un modo de ver y de decir peculiarísimo y así en notas muy íntimas se promete hacer libros “con su modo de ver y de lenguaje”. En esta su prosa, se encuentra el gran conocedor de la lengua y poseedor de uno de los vocabularios más ricos de nuestra literatura; pero, no se contenta con el idioma que recibe y se adelanta a Darío en la invención de vocablos”.

Es Martí uno de los grandes escritores americanos, continuadores en el siglo XIX de la mejor tradición de la prosa española uniéndose a esto en estrecha fusión las corrientes modernistas de un hombre que vivió y captó todo lo de su tiempo, lo de sus contemporáneos.

Su estilo único: allí la frase bíblica, aquí un relámpago de imágenes victorhugiano y difusa por doquier la castidad de los escritores del Siglo de Oro, hace exclamar a Gabriela Mistral...

“un Víctor Hugo corregido de su garganta trompetera por un trato diario y enseñador de la Santa Teresa doméstica y voluntariamente vulgar”. De su pluma surge un despliegue armonioso de obra de arte personalísimo. Y no es menos admirable en la variedad de tonos y ritmos siempre acordes con el asunto y el pensamiento. Su descripción es magnífica, esta vale el homenaje de Sarmiento el cual desde 1878 ve en Martí los “bramidos de Hugo” y su “resonancia de metal” así como “su estilo de Goya, el pintor español de los grandes borrones, con que habrá de describir el caos”.

No nos proponemos hacer un estudio detallado de ninguno de los aspectos de Martí literato sino repasar generalidades, pero, hay un aspecto de su prosa que no es posible olvidar; sus cartas. Sobre ellas nos dice Enrique José Varona: “sus cartas, fuera el que fuera el asunto, tenían el mismo magnetismo de su conversación. Se le oía y se le veía a través de los amplios trazos de su letra nerviosa. Escribía a sus amigos como les hablaba; las imágenes florecían bajo su pluma como en sus labios, el corazón se le derramaba tras las palabras”. Nótese su brillante y concreto estilo impregnado de ese puro aroma de su espíritu, en esta carta que dirige a Santos Fernández y que, siendo breve, dice tanto:

Amigo querido:

Gozo en agradecer y en saber que el viaje por el mundo no ha logrado sacar la piedad de tu corazón.

Sé lo que haces por mi madre, y lo que vas a hacer. Trátamela bien, ya ves que no tiene hijo. El que le dió la Naturaleza está empleando los últimos años de su vida en ver como salva la madre mayor.

Tú no necesitas de más palabras. Tú sabes quién es y con qué ternura te quiere y recuerda tus bondades, tu amigo José Martí.

Tampoco podemos dejar de rozar por lo menos el aspecto de Martí como autor teatral. Sus trabajos *Amor con amor se paga*, *Abdala* y *Adúltera*, son una muestra viva de sus condiciones excepcionales en el campo de la Dramática. Lo que ocurrió lo sabemos todos; el dramaturgo quedó soslayado por el patriota.

Su oratoria extraordinaria fue un gran arma de combate y de propaganda para la tarea que se impuso, sus discursos aún considerados fuera de la órbita de los acontecimientos que los originaron, perdurarán por la profundidad de los conceptos, por la originalidad y el vigor de la forma, por la viveza de las imágenes y por su elocuencia asombrosa.

Para expresarlo con palabras del eminente crítico don Mariano Aramburo, diremos:

Fué uno de los más geniales oradores de todos los tiempos, tan grande como el que más grandeza haya mostrado, y más que ninguno original, en la concepción de las ideas y en la emoción sorpresiva y como detonante de los efectos; que sin esfuerzos podían ser trasladados al lienzo; en la arquitectura del período, mitad oriental, mitad clásico; en aquel su estilo único, singularísimo, a ningún otro semejante.

Como dijo con acierto el crítico español Jarnés, el temperamento poético de Martí matizó sabiamente su inconfundible estilo oratorio.

Esto es, en bloque, el caso de su oratoria. No es este medallón la oportunidad del detalle.

Pero: ¿cuál fue la proyección natural, necesaria, fatal de su espíritu? Su obra poética. Su yo fue una fuente inagotable de poesía. Desde muy joven sentía la necesidad de vaciar en versos sus emociones tiernas conmovedoras y surge lo que Lazo llama período preparatorio e inicial de su obra poética. Más tarde, su inspiración crece, se hace rica, fuerte, superior y al llegar el hombre a la mayor de edad lleva con él al poeta. La grandeza de Martí poeta está en su obra de madurez y él mismo así lo anota cuando al llegar su hora dice a Gonzalo de Quesada en su testamento literario...” y de versos podría hacer otro volumen *Ismaelillo*, *Versos Sencillos* y lo más cuidado y significativo de unos Versos Libres. No me lo mezcle a otras formas borrosas y menos características... Versos míos no publique ninguno antes de *Ismaelillo*. Lo después, al fin, son unos y sinceros”. Al hablar de esta obra de madurez es que podemos recordar a Boti, que vio en ella dos Martí: “el que musita y el que clama”.

En *Ismaelillo* y en los *Versos Sencillos* tenemos la poesía delicada, tierna, íntima de un hombre extraordinariamente sincero. Y es en los *Versos Sencillos* donde más se revela el espíritu de Martí; de ellos dice Gabriela Mistral: “Son la Isla Genuina de la originalidad poética de Martí, que son la médula martiana a donde no pudo colocarse el enemigo”.

“En sus *Versos Libres* se volcó el alma atormentada, no por sueños de grandeza, ni por egotismos líricos, ni por ansias enfermizas, sino por la carga de aquel inmenso anhelo de Libertad, que a veces al chocar con la indiferencia o la falacia estallaba en aquellos sus endecasílabos hirsutos, como él los llamaba”.

Nadie nos ha dicho mejor que el mismo Martí lo que fue su sublime inspiración y en magnífica y bella síntesis nos describe sus versos:

Si ves un monte de espumas,
es mi verso lo que ves;
mi verso es un monte y es
un abanico de plumas.

Mi verso es como un puñal
que por el puño echa flores;
mi verso es un surtidor
que da un agua de coral.

Mi verso es de un verde claro
y de un carmín encendido,
mi verso es un siervo herido
que busca en el monte amparo.

Mi verso al valiente agrada:
mi verso, breve y sincero,
es del vigor del acero,
conque se funde la espada.

Martí patriota y político

Por el alumno Arturo de Jongh Caula

Sr. Rector de la Universidad de Oriente,
Sr. Director del Departamento de Relaciones Culturales,
Sres. Profesores,
Compañeros:

“Para rendir tributo ninguna voz es débil”. Estas palabras del Apóstol, explican mi presencia aquí esta noche.

Martí patriota ferviente pudo cumplir cabalmente su role histórico, por sus condiciones de excepcional líder político.

Fue un estadista genial: Sus pensamientos e ideas sobrepasan la centuria en que vivió.

La aspiración de Martí era crear una república en Cuba. Concibió esa república, con plena libertad, grandeza y unidad; sobre estos tres pilares fundamentales, forma un plano sobre los cuales levanta el edificio de la patria. Este edificio ha de construirlo, ha de levantarlo con la política.

Por medio de esta conoce el material y lo maneja para colocarlo en su sitio, ya que Cuba surgía como algo nuevo que había que darle forma y vida, pero para que no fracasara, tenía que tomar rumbos nuevos, conforme a las necesidades que el preveía.

Él quería organizar su patria no con una unidad externa como la de un cuartel sino, como un hogar, con cariño, con amor, como el decía: “Con todos y para todos”. Estudiaba la situación de Cuba en dos órdenes: nacional e internacional. No deseaba

ahondar abismos en sus relaciones con el español bueno, ni deseaba provocar, sin necesidad, la enemistad del pueblo yanqui.

Con el primero por los elementos interiores, hijos de españoles, con que tenía que contar para su organización.

En lo que respecta a lo segundo, consideró, dada la vecindad ineludible y hasta fundamental y necesaria de los EE.UU., aunque advirtiendo el peligro y preconizando heroicos remedios. Por esto, combatió duramente el anexionismo. “Viví en el monstruo y le conozco las entrañas; y mi honda es la de David”.

Esta postura de Martí se debió, a que él quería impedir con la independencia de Cuba que EE.UU. cayera sobre las tierras de América.

En este aspecto internacional, Martí deseaba: primero, la liberación del yugo extranjero, segundo, la solidaridad con las demás naciones, pues al igual que los astros que están muy cerca del sol se abrasan, y los que están muy lejos no reciben calor suficiente, conviene estar en un término medio, así, en estas condiciones necesitaba estar Cuba con respecto a los EE.UU.

Ve que Cuba solo podrá avanzar con la libertad por los caminos de la civilización.

Cree que en el mejor convivir de todos los cubanos y de todos aquellos arraigados a Cuba, no ya por amor pero si por respeto, está nuestra unidad y que la revolución no sería para beneficio de una clase sino de todas ellas.

La lucha de clase no tiene cabida específica en su ideario político, dada la tarea y época que vivió.

Cuba poseía los instrumentos materiales y morales para la renovación de su propia vida, no admitía discriminaciones raciales. Quería también la unidad al no querer la intervención de lo militar en lo civil: “La guerra no inhabilita para el gobierno; pero tampoco es la escuela propia del arte de gobernar”.

Para que en Cuba pudiese sobrevivir la libertad, y pudiese florecer esta, debía tener plena vigencia su postulado: “Quien compra manda, quien vende sirve. Hay que equilibrar el comercio para asegurar la libertad”. Y para tener esa libertad económica no se debía subordinar el porvenir a un solo producto.

¿Puede un país permanecer políticamente libre, estando dominado económicamente desde afuera? No puede.

De esa unidad vendrá la grandeza, la unión que hace el respeto, y de esa fuerza interna y externa viene la grandeza material y moral: y como consecuencia el respeto de las demás naciones.

La vida de Martí se debe a su patria, y es por ello que se debe a la política.

Y nada, ni la tranquilidad, ni la agonía le hacían variar de ella.

Comprendió la necesidad de la violencia, pues para él, la revolución era una fase de la evolución. Quería que esta revolución saliera de todas las clases.

Martí creyó la guerra un procedimiento político necesario en Cuba, porque creía que con el se obtendría un resultado de felicidad superior a los esfuerzos y sacrificios indispensables para conocer la meta.

Creemos ver en Martí, el verdadero político, uno de los más grandes de todos los tiempos, y ha de servirnos de ejemplo, para lograr la felicidad que anheló para su patria, y el superior destino que soñó para la América hispana.

Martí, hombre y maestro de América y del mundo

Por el alumno José Linares Costa

Señor Rector de la Universidad de Oriente,
Señor Director del Departamento de Relaciones Culturales,
Sr. Presidente del Consejo Nacional de la Orden de la Rosa Blanca,
Señores Miembros de la Orden,
Señores Profesores y Compañeros,
Señoras y Señores:

Ardua es la tarea que me ha sido encomendada, pero habiéndome pedido cooperación a este acto, por la Universidad de Oriente; yo, como alumno que soy, no podía negarme, y heme aquí.

El tema que se me ha encomendado es: *Martí hombre y maestro de la América y del mundo*.

Esbozaré algunos actos de la vida de este gran Maestro, dejando en la obscuridad otros, no por menos interesantes, si no porque el tiempo asignado es corto, y la personalidad de Martí bajo cualquier aspecto que se enfoque es tan fecunda, tan prolífica que no puede recogerse en cuatro cuartillas.

A todas las facultades que poseía Martí, hay que añadir la del doble sentido de la visión. Sus cartas lo prueban; esas cartas donde vertía con su pluma ágil todo el sentimiento, toda su preocupación constante por la interferencia de extraños en el futuro de Cuba; así lo expresa a Gonzalo de Quesada en una de ellas. Hela aquí:

Sobre nuestra tierra Gonzalo, hay otro plan más tenebroso que lo que hasta ahora conocemos y es el inicuo de forzar la Isla, de precipitarla a la guerra, para tener pretexto de intervenir en ella, y con el crédito de mediador y de garantizador quedarse con ella. Cosa más cobarde no hay en los anales de los pueblos libres; ni maldad más fría. ¿Morir para dar pie en que levantarse a estas gentes que nos empujan a la muerte para su beneficio? Valen más nuestras vidas y es necesario que la Isla sepa a tiempo esto.

“¡Y hay cubanos, cubanos, que sirven con alardes disimulados de patriotismo estos intereses!” —y continúa—, “que la nación que por geografía, estrategia, hacienda y política necesita de nosotros, nos saque con sus manos de las del gobierno español, y luego nos dé, para conservarla, una libertad que no supimos adquirir, y que podemos usar en daño de quien nos la ha dado”, —porque agrega: “una vez en Cuba los Estados Unidos ¿quién los saca de ella? “porque ha de quedar Cuba en América, como según este precedente quedaría, a manera no del pueblo que es, propio y capaz, sino con una nacionalidad artificial, creada por razones estratégicas? Base más segura quiero para mi pueblo”.

Martí fue un profeta, y como tal, lo prueban los sucesos acaecidos después de su muerte. La participación decisiva que por el triunfo de la guerra hispano-cubano-americana tuvieron los Estados Unidos en el futuro de Cuba, comprueba esta profecía.

Estos temores no se reducían a Cuba solamente. Así también se lo expresa a México, ese México que tanto lo quiso y a quien él tanto amó, al cantarle:

¡Oh Méjico querido!... ¡Oh Méjico adorado, ve los peligros que te cercan!... ¡Oye el clamor de un hijo tuyo, que no nació de ti!... Por el Norte un vecino avieso se cuaja. Tú te ordenarás, tú te guiarás; yo habré muerto, oh Méjico, por defenderte y amarte; pero si tus manos flaqueasen, y no fueras digno de tu deber continental, yo lloraría debajo de la tierra, con lágrimas que serían luego velas de hierro para lanzas, como un hijo clavado en su ataúd ve que un gusano le come a la madre las entrañas.

Juzgan mal, los que conceptúan a Martí como un propagador de odio vano y contraproducente. Martí comprendía que la amistad de los Estados Unidos era indispensable para Cuba así como para los demás pueblos de América. Una amistad adquirida por los indisolubles lazos del mutuo respeto y decoro entre los pueblos, conscientes de su deber continental, capaces de entender la libertad y defenderla si fuere necesario, pero no una amistad surgida por lazos políticos y económicos que atarán al yugo opresor.

El cultivador de la rosa blanca no podía abrigar odio en su corazón. El odio se filtra en los hombres de corazón pequeño y el de Martí era inconmensurable.

Sus ideas se debían a su experiencia. Había vivido varios años en los Estados Unidos; recorrido grandes y pequeñas poblaciones; tratando a los humildes y a los poderosos; observó sus costumbres, su carácter, su política. Sabía que los Estados Unidos era una potencia naciente que trataba de extender su imperialismo avasallador, y que no pararía mientes en respetar el derecho de los pueblos a gobernarse.

Y Martí tenía un gran concepto del respeto. “Ni los pueblos ni hombres respetan a quien no se hace respetar”, decía. “Cuando se vive en un pueblo que por tradición nos desdeña y codicia, que en, sus periódicos y libros nos befa y achica, que en la más justa de las historia; y en el más puro de sus hombres, nos tiene como a gente jojota y femenil, que de un bufido se va a venir a tierra: cuando se vive y se ha de seguir viviendo, frente a un país que por sus lecturas tradicionales y erróneas, por el robo fácil de una buena parte de Méjico, por su preocupación contra las razas mestizas, y por el carácter cesáreo y rapaz que en la conquista y el lujo ha ido criando, es de deber continuo y de necesidad urgente, erguirse cada vez que haya justicia u ocasión a fin de irle mudando el pensamiento y mover a respeto y a cariño a los que no podremos contener ni desviar, sino, aprovechando a tiempo lo poco que les queda en el alma de república”; “no hay modo más seguro y digno de obtener la amistad del pueblo norteamericano que sobresalir ante sus ojos en sus propias capacidades y virtudes. Los hombres que tienen fe en sí, desdeñan a los que no se tienen fe; y ellos, celosos de su libertad, nos despreciarían

si no nos mostrásemos celosos de la nuestra, y el desdén de un pueblo poderoso es el mal vecino para un pueblo menor”.

No dejaba de comprender Martí los defectos de que adolecía la “Madre América” como el la llamaba, y así lo da a conocer en su trabajo Nuestra América, todo un programa de americanismo que publicó en México.

En él, estudia los males que padece la América, descubre sus causas y señala la forma de remediarlos; pero lo hace, dejando ver un corazón amoroso, comprensivo de la gran patria americana, dándose cuenta de la vitalidad que la América encierra; de las virtudes y defectos de sus hijos, dice: “De factores tan descompuestos, jamás en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas”.

Martí fue hombre de Cuba y de América, su constante abogar por la solidaridad y fraternidad de los pueblos americanos lo confirma. Así declara: “es necesario ir acercando lo que ha de acabar por estar junto”, “los pueblos que no se conocen han de darse prisa por conocerse” ya que “nuestra América es una”.

No tuvo Martí preferencia por ningunos de los pueblos americanos, pues a todos quería por igual. México, Venezuela, Guatemala, Argentina. Uruguay... “En el fiel de la América están las Antillas” —dijo. “Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América y el honor ya dudoso y lastimado de la América Inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo”.

¿Fue Martí hombre de América solamente? No. Martí fue hombre de la América y del Mundo. Lo fue por la vigencia que tienen hoy, para un mundo basado en la injusticia, la esencia de sus pensamientos más universales, lo que vale decir su doctrina universal.

Nunca hombre alguno llevó tan unidos sus hechos a la palabra. Nunca claudicó. Sus pensamientos son tan profundos que pueden servir de guía a un hombre, a un pueblo, a una nación; al mundo entero, traducidos a todos los idiomas. Yo solo aspiro, a tomarlo como Maestro, como mentor, que me guíe por la senda de los hombres justos, responsables de sus deberes y derechos, que él vislumbró.

La doctrina martiana

Palabras pronunciadas por el señor Rafael G. Argilagos²

Honorables hermanos Fundadores de la Orden de la Rosa Blanca,

Señores Rector, Profesores y Alumnos de la Universidad de Oriente,

Señoras y Señores:

La misión rectora que nos ha fijado el patriotismo grande junto a un grupo de cubanos de conducta intachable, en torno a la “Orden de la Rosa Blanca”, en esta hora borrascosa en que parecen consumirse en la hoguera de las pasiones políticas, los mejores valores espirituales de los ciudadanos, nos obliga a levantar la voz en este día, glorioso y sagrado, y en esta casa, santuario de nobles pronunciamientos y emulaciones, animado del mismo anhelo sumo que ha normado nuestra vida, en un esfuerzo empeñoso de propiciar la siembra martiana en los corazones que ahora florecen, en los canteros del estudio, lozanos de ilusiones y esperanzas.

Humilde es nuestra palabra, pero sentida y honda, porque brota del alma atormentada de la patria con el ansia de calmar sus penas en los pechos viriles que aún no han sabido doblegarse al interés mezquino, enturbiados por míseros deseos.

² También dijo hermosas palabras, en este acto martiano, el señor Nemesio Lavié. Desafortunadamente no han podido ser recogidas. [Nota de la primera edición]

Porque brota con la emoción fundadora de que el porvenir se torne en horizontes de venturas, iluminado por el fuego de la Virtud, del Amor y del Progreso, sin la amenaza de que manos cobardes y alevosas, destruyan el legado de gloria que recibimos de nuestros progenitores.

Porque brota enarbolando una nueva bandera, con abanderados de firmes corazones, prestos los brazos para la lucha, portadores de un bello mensaje, dispuestos a cumplir la orden que a su paso por la vida, a manera de mandato fecundo, nos dejó Martí, legionario del honor y del deber, alentados por el anhelo viril de arrancar del suelo patrio, como yerba maldita, las miserias que aumentó España en nuestro pueblo a través de cuatro siglos de pérfida dominación.

Venimos aquí, en nombre de un pasado heroico, con la “Orden de la Rosa Blanca”, no para cantar proezas de pasadas épocas, sino para realizar proezas que nos eleven a la dignidad de quienes supieron realizarlas.

Venimos aquí, para edificar con “la cuchara y el nivel” lo que destruye “la uña y el diente”.

Venimos aquí para fomentar entre los hombres de fe a que del fresco tallo de la “Rosa Blanca” brote un “Rosal Frondoso”, y que sus troncos se viertan en millardas de “Ramos”, de tan honda penetración, a través de pueblos y hombres, que toda la tierra sea un “gigantesco Árbol”, de cuyos pétalos emane la esencia pura del amor fraternal.

Venimos aquí para “profesar y extender”, por todas partes, la “Doctrina Martiana”, en un afán generoso de ganar nuevos prosélitos a la causa, “en la seguridad de que la elevación del decoro que propugna conducirán a los pueblos del Universo “a la felicidad interna y al sosiego exterior”.

Venimos aquí para imponer la consagración del hogar, “célula generatriz de la sociedad”, donde se moldea, en moldes eternos, el “carácter”, el “sentimiento” y la “cultura” del ciudadano; el hogar, templo en donde se aprende a amar a la patria, y a defenderla de burdas acechanzas, con emoción de casa propia, ya que la “patria es comunidad de intereses, unidad de tradiciones, unidad de fines, fusión purísima y consoladora de amores y esperanzas”.

Venimos aquí a fomentar, en un orden espiritual, por medio de la cultura, saludables corrientes de espiritualidad, porque la “Orden de la Rosa Blanca” sabe que preocupar a los pueblos exclusivamente en su ventura y fines terrestres, es corromperlos.

A eso aspiramos, y a mucho más, porque los hombres que le sirven de custodios a esta entidad, no son hombres de voluntad floja ni mente oxidada, que van cabalgando por este mundo, cubierto de obstáculos, como en un penacho de nube, sino hombres avezados a enfrentarse con el mal y vencerlo; hombres cuyas plantas se sienten firmes en la tierra como raíces de un árbol, y miran a lo alto que es el único modo de comunicarnos con el ideal; hombres “que conocen todos los dolores, todos los engaños, todas las razones de dudas, todas las inquietudes, y los tormentos todos, de los hombres”.

Cuando a la hora del trabajo edificante aparezca en la liza pública la pequeña legión de la “Orden de la Rosa Blanca”, deber de todo cubano patriota será sumar su acción enérgica a la obra vindicadora emprendida, y si no encuentra premio justo, más que la ingratitud de los hombres y el olvido de la patria, siempre será motivo de íntima satisfacción la que promueve el deber cumplido, que es tónico y bálsamo a las heridas del espíritu.

Para eso nace, en este montañoso rincón oriental, cargado de leyendas y heroísmos, la “Orden de la Rosa Blanca”, para enseñar y dirigir, con la Biblia de las doctrinas martianas, a los cubanos de buena voluntad, y para calentar el alma de los indiferentes, y para vencer las rudas dificultades, sin que nada ni nadie pueda detener su vuelo a la cumbre, porque lo alienta un ideal: Cuba; y lo guía una memoria excelsa: Martí.

He dicho.

Discurso pronunciado por el Dr. Carlos A. Martínez Fortun y Foyo en la Universidad de Oriente, la noche del 27 al 28 de enero de 1948, en conmemoración del 95 aniversario del natalicio del Apóstol Martí y con motivo de la fundación de la Orden de la Rosa Blanca, Santiago de Cuba

Señor Rector de la Universidad de Oriente,
Señores profesores y alumnos de ella,
Señor Director del Departamento de Relaciones Culturales,
Señores Vocales del Consejo de Dirección Local de la Orden de la Rosa Blanca,
Señoras y Señores:

Grande, muy grande es para mí el honor que me ha otorgado la joven Universidad de Oriente, al confiarme el resumen de este encantador torneo del patriotismo, del arte y del saber, que acabamos de escuchar con ilímite deleite.

Honor alto y placer inmenso, hermánanse ahora, porque me habéis concedido a la vez el de conoceros, el de saludaros con ardor de hermano, y el de reverenciar con vosotros, en esta fausta noche, la memoria de aquel hombre genial que se llamó José Martí, para el que pidiera otro grande de las letras monumento tan gigantesco, que su pedestal ocupara toda Cuba. Y ya que no se lo podemos erigir así, en el bronce, elevémoselo en nuestro cariño, en nuestro respeto y en nuestra conducta.

I

“En Venezuela nació América”. En Oriente nació Cuba. Esta provincia es la cuna de la nación y la simiente de su libertad.

Las naos de Colón tocaron en ella por primera vez, según han probado ya los modernísimos descubrimientos históricos.

“Esta es, pues, la tierra más hermosa que ojos humanos vieron”. Aquí surgió la primera voz de rebeldía de los aborígenes cubano, capitaneados por aquel valiente dominicano que se llamó Hatuey, iniciador del martirologio criollo.

Aquí surgió la primera población cubana, y la primera Capital de la Isla: Nuestra Señora de la Asunción de Baracoa. Aquí se estableció la primera jefatura espiritual de Cuba, al crearse el Obispado. Aquí se hizo el primer acto de justicia pública, rescatando en 1604 al obispo fray Juan de Altamirano y castigando con la muerte de Gilberto Girón, la inicua piratería.

Aquí se lanzó la enérgica y liberal protesta del General Manuel Lorenzo en 1835.

Aquí se dio, por el insigne Padre de la Patria Carlos Manuel de Céspedes, el grito de independencia a los sones inmortales de la campana de La Demajagua, el más importante suceso de nuestra historia libertaria; aquel que hizo decir al Apóstol de ella: “Aún se oye el concierto de alabanzas que se alzó de los grillos de los esclavos negros al caer rotos de súbito sobre la tierra”. “El decreto de emancipación de los esclavos aseguró para siempre la paz de Cuba en la independencia”. Aquí se hizo pira Bayamo, como sacrificio ejemplar. Aquí se protestó en Baraguá por el inmenso general Antonio, héroe legendario de nuestras gestas emancipadoras. Aquí se hizo la Guerra Chiquita, que capitaneaba el valiente holguinero Calixto García.

Aquí se gritó en Calicito por el patriota Bartolomé Masó, y simultáneamente en Baire, Santiago y Guantánamo, por íntegros cubanos. Aquí se efectuó el desembarco famoso de Playitas, que nos trajera a Gómez y Martí, y se inició la marcha sublime hasta Dos Ríos, donde cayera materialmente nuestro ídolo nacional, para alzarse más grande, gigantesco, ante la conciencia de nuestro pueblo y de Nuestra América.

Aquí están El Caney y San Juan, éxitos norteamericanos que no se hubiesen alcanzado a no ser por la poderosa ayuda, pericia y valor de las huestes de García. Y como exponente maravilloso de toda vuestra obra, como gritador perpetuo de vuestro valor y patriotismo, está ese cementerio de Santa Ifigenia: tumba sublime, arca sagrada de huesas sacrosantas, para que ante ella abandonemos nuestras diferencias, depongamos

nuestros enconos y “juremos ante el Tribunal que preside en las sombras”, que trataremos de arrancar de nuestras almas a todo aquello que de corpóreo las domine, para que nuestra labor sea más útil, más eficaz, más perfecta, y vea el Maestro que hemos emprendido el camino de nuestra definitiva reconquista, que “es el primer trabajo del hombre”.

Aquí tenéis, orientales, conquistado con vuestro valor ilímite y vuestras patrióticas hazañas, el corazón cubano. Aquí venimos a traer la parte nuestra, la de Occidente, para que fundidas ambas, lo mostremos este día al Apóstol de nuestras libertades, al Maestro de nuestra raza, prometiéndole que —así como él lo soñara— estaremos para siempre los cubanos; unidos con los lazos de amor y de fraternidad que con sus actos tejiera.

Aquí estamos para reverenciar y recordar juntos a aquel hombre inmenso, a aquel “Homagno” —como dijera él en bellísimo neologismo— brindándole esta fiesta del intelecto y del corazón, dedicada íntegra a recordarlo en este día grande, hermoso, en que se cumplen 95 años de inicio de la senda sublime. De ese 28 de enero de 1853, en que, allá en aquella pobre casuca de la hoy calle de Leonor Pérez, antes de Paula, ocurriera el hecho que habría de cambiar los destinos de Cuba, los de las Antillas, las que “libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América Inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo”.

No es, desde luego, la humildad del nacimiento, con sus vicisitudes hogareñas; ni el lustre de una clara inteligencia en las tareas escolares; ni la existencia del odio que no germina ni aún “al golpe del látigo, ni a la voz del insulto, ni al rumor de las cadenas”; ni los sinsabores y miserias del exilio, aunque “sea de sangre la mar extranjera”; ni los filos de la saeta envidiosa, “porque ésta no clava en pecho invulnerable”; ni el constante renquear, porque los dolores físicos son menos ateneantes que los morales; ni los fracasos económicos, porque éstos, aunque repercuten en el alma, se reponen con dinero; ni la rotura “del ancla fiel del hogar”, aunque el corazón vaya “como barca perdida que no sabe adonde va”, porque el amor conyugal que se pierde, se vierte en el filial; ni las espinas que rasgan la piel en la espesura de la manigua salvadora, porque ellas son pequeñas

comparadas con la redención que producen; ni el mismo caer de cara al sol, ofrendando vida alta, espíritu firme, talento ilimitado y corazón hipertrofiado por el amor, ya que toda ofrenda a la patria es pequeña por grande que sea; no es eso, no, lo que constituye el legado opimo de nuestro Homagno; porque todo ello es confirmación, práctica, ejercicio del apostolado y magisterio.

“Un orador brilla por lo que habla; pero definitivamente que da por lo que hace. Si no sustenta con sus actos sus frases, aún antes de morir viene a tierra, porque ha estado de pie sobre columnas de humo”.

Sus frases fueron sustentadas con sus actos para no estar nunca sobre las evaporables columnas de humo; para que quedaran definitivamente. Pero las frases, con base firme, son para él lo esencial; porque “lo esencial es lo que se vió, no quien lo vió”. La sentencia sublime, electrizante, ensoñadora arrancada a la naturaleza tras un profundo examen, o la vida, luego de “conocer a tiempo su sentido”, amasada con dolor y sangre, y esculpida con hechos en el libro de los tiempos; eso es lo que vale para él; ese es su legado sublime. Sublime porque viene de “sima honda” y contemplada desde “alta cima”, ya que “el gigante va de cumbre en cumbre, y no por las veredas y caminitos por donde andan, cargados de alforjas, los peatones comunes, que como miran desde tan abajo, ven pequeño al gigante alto”.

Porque es tan grande que quiere separar —en un todo— su labor de su persona, para que no se sospechara en él un adarme de vanidad o de egoísmo. La satisfacción vanidosa no es alma, es cuerpo, es levadura terrenal, hay que alzarse sobre ella. “En la naturaleza no hay que confundir el espíritu físico, el ánimo corporal, la fuerza impulsadora, con el espíritu afectivo, sintiente y pensante”. “Cuerpo no es el cuerpo en sí, sino una especie de alma corpórea y levadura terrenal, con que los sentidos se mezclan en los sentimientos, cuerpo son las mezquinas ideas, las satisfacciones vanidosas, todo lo que no siendo material no es sin embargo amor fraternal”.

La Doctrina no toca el cuerpo, es espíritu puro, es esencia, porque fue moldeada del modo que se dijo; pero ya es hora de no mirar al molde sino a la estatua viviente, pura; con su antorcha encendida siempre; sin sombras, sin eclipses, sin refraccio-

nes, sin aberraciones... en una palabra, perfecta, para que sus rayos no proyecten penumbras, sino luz, solo luz...

Todo aquello que parece sublime a nuestros ojos está para él teñido de materia, de “levadura terrenal”; quiere él mismo limpiarla; nuestra veneración no puede impedirlo, sería sacrílega si lo hiciera. Aventado lo humano, acendrada la obra ¿qué debe quedar a la posteridad? “pasión por el deber, preferencia por el martirio voluntario, esto es alma que asciende. Lo otro es cuerpo que retiene. Esa clase de cuerpo hay que vencer. El roce del alma con la tierra produce esa alma corporal. Esto es lo que ha de dirigirse, para que en el vuelo vaya todo unido”.

Su pasión por el deber fue la mística de su vida. Lo cumplió en la casa; lo cumplió en la escuela; lo cumplió en el presidio; lo cumplió en el exilio; lo cumplió en la manigua; lo cumplió con la muerte.

Preferencia por el martirio voluntario, no impuesto. El sacrificio está antes que el placer, porque es placer mismo para las almas puras: “La vida no tiene dolores para el que entiende a tiempo su sentido; del mismo germen son la miel, la luz y el beso”.

¿Quién puede producir dolor al que el dolor engendra placer?

Y repite; “cuerpo son las mezquinas ideas, las satisfacciones vanidosas, todo lo que no siendo material no es sin embargo amor fraternal”.

Amor fraternal, para todo y para todos. Eso era él. No vivía dichoso con que pensáramos en él, sino en los demás; “Los hombres que vienen a la vida con la semilla de lo porvenir y luz para el camino, sólo vivirán dichosos en cuanto obedezcan a la actividad y abnegación que de fuerza fatal e incontrastable traen en sí. El hombre debe realizar su naturaleza”.

El solo vivía dichoso en cuanto obedecía a la actividad y abnegación que de fuerza fatal e incontrastable traía en sí; el amor al hombre.

Así realizaba su naturaleza extraordinaria, gigantesca, sobrehumana. Labor nuestra es descubrirla, aclararla, profesarla. Tarea ciclópea; pero vencible si se empeñan en ella todos los cubanos de buena voluntad.

Y un grupo notable de ellos es el que ha organizado este templo del saber que se llama Universidad de Oriente, foco de luz en las tinieblas morales de nuestra época. Un grupo regido por el Dr. Felipe Salcines, a quien tanto debe esta región, como hombre de ciencias, como ciudadano cívico, que ha dado batallas “por una tumba digna del Apóstol”; así como por toda obra que signifique progreso y bienestar colectivo.

La obra cumbre que es la Universidad de Oriente está ya en marcha ella es el mejor legado que esta generación podía hacer a Santiago.

Buena prueba de ello es esta fiesta de patriotismo y de arte que se grabará para siempre en nuestras almas.

Las palabras hermosas del Dr. Felipe Martínez Arango y las patrióticas de los señores Lavié y Argilagos, cargadas de martianismo sentidor, nada nos asombran, no son más que confirmadoras de cuanto de ellos sabíamos. Amantes del bien decir, ciudadanos ejemplares, “con el oído sobre la Tierra”, despertadores de conciencias, y admiradores del Maestro, su belleza de expresión era fruto por nosotros esperado.

Pero lo que si queremos hacer notar en este acto, son las voces de esos alumnos: la señora Palasí y los jóvenes de Johng y Linares, que tempranamente hacen sus irrupciones por la “selva martiana”, y “no dejan rama que tenga fruto”, —como si cumplieran aquel bello mandato del Maestro a su discípulo predilecto. Van ya ellos, recorriendo con firmeza prematura el camino que les trillaran sus directores espirituales.

¿Y qué diremos del derroche de arte, del gusto y exaltación patriótica con que se ha seleccionado el programa de esta fiesta? El alma del Director del Departamento de Relaciones Culturales de la Universidad, nuestro amigo muy estimado y talentoso compañero Dr. Martínez Arango, asoma por entre las notas de la Bella Cubana. El arco de White hizo decir al Maestro: “La música es el hombre escapado de sí mismo; es el ansia de lo ilimitado surgido de lo limitado y de lo estrecho: es la armonía necesaria, anuncio de la armonía constante y venidera. Aquí la música se siente: hay otro mundo en que la música se habla”.

“Gratísima y suave como un murmullo de redención”, que diría Martí, ha sido la Bayamesa y toda esa música escuchada de estos jóvenes artistas.

De todo ello vemos que esta Universidad será recinto ancho abierto a la luz, a la conquista de la verdad. Por mucho que se camine en ella no se ha de tropezar “con bastión de convento, ni con muro de señor”. Es y será una Universidad moderna, como la soñara el Maestro, donde no se tienda sólo a la expedición de títulos profesionales, sino que sea educadora del sentimiento y la voluntad. “Instrucción no es lo mismo que educación: aquella se refiere al pensamiento, y ésta principalmente a los sentimientos”.

Y quiero aprovechar esta oportunidad que me brindáis esta noche, de tan alto recuerdo, para deciros que, también para educar a nuestro pueblo y a nosotros mismos, ha surgido la Orden de la Rosa Blanca. Queremos que conozcáis a fondo nuestro programa, que con gran brillantez os ha explicado Argilagos. Que veáis en la Orden una institución moderna, una a manera de Universidad ramificada y a veces ambulante; que pretende adentrarse en el alma de nuestro pueblo para martianizarla, haciendo más viable vuestra labor.

Aquí estarán dirigiéndola, a más de los ya citados señores Argilagos y Lavié: el Dr. Felipe Martínez Arango, abogado e historiador, Dr. Pedro Cañas Abril, abogado y profesor de esta Universidad, Dr. Francisco Ibarra Martínez, Director del Colegio Sagarra, Dr. Rafael G. Ros Estrada, abogado y Presidente de Acción Ciudadana, Dr. Leonardo Griñán Peralta, abogado e historiador, Sr. Gerardo Abascal, comerciante y rotario, Sr. José Medina, también comerciante y rotario, y Dr. Ernesto Buch, abogado e historiador.

Más brillante Consejo de Dirección Local, no puede pedirse. A él nuestro saludo de hermanos. De él esperamos mucho.

Veamos ahora como, por una necesidad de la patria, surgió la Orden.

Hay períodos en la historia de los pueblos en que por una crisis política o moral, o por ambas, necesitan de un hombre extraordinario que los encauce y con un gesto de valor o de genialidad,

o con ellos y una perseverancia extraordinaria, les haga rebasar la crisis, o como dijo el Apóstol: “culminan las montañas en picos y los pueblos en hombres”. “Las naciones, en sus períodos críticos, producen hombres en quienes se encarnan: hombres nacionales”.

Pero cuando el proceso de los males que aquejan a un pueblo no se debe a una causa transitoria, sino a múltiples y permanentes que concurrieron a su formación, es imposible entonces que un solo hombre, aunque se encontrase de aquel valor, pueda resolver los problemas, y surge en seguida la necesidad de las instituciones diques, evitadoras del desbordamiento colectivo y encauzadoras por la vía adecuada de la corriente social torcida por el viento ponzoñoso.

Necios seríamos si no nos percatáramos de la realidad ambiente, del desbordamiento de nuestras pasiones, de nuestro desequilibrio político, del resquebrajamiento de la familia, con el divorcio fácil y el egoísmo personal a su puerta; de los peligros enormes que corre nuestra juventud y la desorientación que sufre, amenazada siempre dentro de la vorágine de vicios que la rodea.

No creemos, sin embargo, que nuestra generación sea la culpable única de la crisis que la azota. Un proceso de acumulación se ha venido desarrollando desde hace muchos años y es ahora que sentimos el estallido de ella.

Quando cesó la dominación hispánica éramos un pueblo de un millón y medio de habitantes; de ellos extranjeros unos setecientos mil, con un setenta por ciento, al menos, de analfabetos. Vigente aún el odio entre españoles y cubanos, con un pueblo páupero y por ello el comercio y la industria en ajenas manos; con las taras políticas que cuatro siglos de coloniaje nos legaran, surge la ocupación norteamericana, y tras el efímero mando del general Brooke, de grandes y buenas intenciones, llega el de Wood, dado, según confesión propia descubierta después, únicamente a prepararnos para la anexión a los Estados Unidos. Nuestro idioma se postergó; hasta en los buzones de Correos se leía “U. S. Mail”. La Historia de América que se puso de texto en las escuelas primarias, era solo Historia de los Estados Unidos. Las empresas yankis comenzaron a adueñarse

de nuestro suelo: en síntesis, sufrimos como un árbol débil y creciente aún, ante el terrible azote del huracán.

Así surgimos a la vida pública, hechos una visión, una máscara, como sabiamente predijo el Maestro: “éramos una visión, con el pecho de atleta, las manos de petimetre y la frente de niño. Éramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norteamérica y la montera de España”. Exacta fotografía del legado recibido. Así surgió nuestra patria, constituida en Estado, sin haber logrado una nacionalidad definida y ni siquiera un perfil de personalidad propia. De allí en adelante, vaivenes políticos, ensayos de sistemas, convulsiones internas cuyo final, en la generalidad de los casos, no era otro que la culminación en “Cavas perpetuas de felices Rodrigos”. En una palabra: “queríamos tener a Darwin sobre la mesa; pero sin lanzar al mayoral de nuestras costumbres”. Mientras tanto el imperialismo yanqui tomando vuelo y apretando con el “plattismo”, “facedor de reyes”, para obligarnos a la servidumbre económica que le permitía tener nuestro estómago en sus manos, para comprimirlo cada vez que le conviniese hacernos ceder a nuevo pedimento.

Pero este sombrío cuadro que a grandes trazos hemos pintado, no es irremediable. “La tierra, que da dolores, da a quien los alivia”. Como el Apóstol “creo a mi pueblo capaz de construir sobre los restos de una mala colonia una buena república”. ¡Ay! de los que no abriguen esa fe, porque les diremos con aquél: “los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses”. Fijémonos bien en su sentenciosa fotografía: “éramos una visión, con el pecho de atleta, las manos de petimetre y la frente de niño. Éramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norteamérica y la montera de España”. Lo superpuesto, lo accesorio es lo ajeno; propio era y es lo que más vale: el pecho de atleta.

Nuestra tarea es la de fortalecer las manos, para que no sean de petimetre, sino de agricultor, y la frente, para que no sea de niño sino de hombre “sintiente y pensante”. “A fuerza de igualdad en el mérito es preciso hacer desaparecer la desigualdad de tamaño.” Esa candidez de creer que todo nos lo han de dar, es la frente de niño a que se refería el Maestro. No confiar

en el vecino fuerte, sino en nosotros mismos, debe ser nuestro lema, único que puede darnos la verdadera independencia: la económica, porque sin ella no subsistirá la política, y si subsiste, lo será solo teóricamente, de hecho seguiremos siendo los antiguos esclavos de la factoría.

II

¿Cómo se ha de realizar la conquista de una ejemplar ciudadanía?, ¿la elevación de nuestro decoro, el amor entre los cubanos? En una palabra, ¿cómo hemos de lograr nuestra reconquista intelectual y espiritual?

Mirando hacia el Maestro. Allí está el Homagno poderoso vertido en su doctrina: setenta tomos. Llevarla a la mente de nuestro pueblo, después al corazón y por último a su brazo. He ahí nuestro deber y nuestra misión. Veamos como interpreta la Orden esa doctrina.

Indiscutido es ya que las letras preceden a la acción. Gesto sin base previa, sin madura preparación de una doctrina que lo impulse, se diluye en fracasada tentativa. Sin Enciclopedia careceríamos de la “Declaración de los derechos del hombre”. Sin Caballero, Varela, Espada, Saco ni Luz, no habríamos escuchado los sublimes toques de La Demajagua; y sin Martí no se hubiese gritado simultáneamente en Baire, Calicito, Santiago, Guantánamo ni Ibarra.

La doctrina inflama los espíritus, pone el rifle al hombro del soldado y le da el valor y el coraje indispensables para la acción gloriosa, como al santo inspira la virtud del sacrificio, y transforma el dolor en placer, creando los “fanáticos del sacrificio como los tiene la codicia”.

Pero hay doctrinas transitorias, gestadas por las necesidades momentáneas de un pueblo, y las hay eternas, porque si la demolerte obra de los siglos lograra dentearlas, serían ellas recogidas por la historia, como muestras del valor extraordinario y exposición constante de lo que una mente privilegiada es capaz de legar al universo.

A estas últimas pertenece la doctrina martiana.

“Escasos como los montes, son los hombres que saben mirar desde ellos y sienten con entrañas de nación, o de humanidad”. Sentir con entrañas de nación es excepcional dote; pero hacerlo con las de humanidad solo es dado a los seres superiores, que dan su fruto en reguero de luz alumbradora del camino a los hombres comunes.

Así fue Martí, gestor de una doctrina que armaba el brazo como excepción, y sólo cuando el decoro del hombre peligraba. Fuera de ello, era luz y amor lo que prendía en las conciencias. Luz de la verdad, amor del hombre por el hombre. Y luz y amor, y luz de amor, iluminarán con él la tierra por los siglos de los siglos.

Doctrina hay, sin embargo, que por la angélica constitución de su creador, no puede ser rectora de nuestra vida. Ala toda, olvida el vientre, como receptáculo inmundo y legisla sólo para seres ultraterrenos. Desnutrido el vientre, este por ley natural se expande patológicamente, y la boca voraz no da acceso al alimento espiritual.

Así no era su doctrina. De amplitud extraordinaria, legisla para el alma sin olvidar el cuerpo: “Pasión por el deber; preferencia por el martirio voluntario, esto es alma que asciende. Lo otro es cuerpo que retiene. Esa clase de cuerpo hay que vencer. El roce del alma con la tierra produce esa alma corporal. Esto es lo que ha de dirigirse, para que en el vuelo vaya todo unido”.

Así como el bambú, más lleno de rumores que de frutas, crece en hojas inútiles que dan con él en tierra, así el hombre en quien no anda aparejado, con sólido pensar, sólido cuerpo. No se ha visto palacio bien seguro sobre cimientos de arena.

“Es preciso dar casa de buenos cimientos y ricas paredes al alma atormentada, o en peligro constante de tormenta”.

Nutrir el cuerpo decorosamente y elevar el alma a fuerza de virtud: he ahí la síntesis de su genio y de su acción, plasmada en la bella doctrina que profesamos y propagamos.

Para esto surgió la Orden de la Rosa Blanca (Orden, en el sentido de mandato, que debemos obedecer, no en otro) para profesar y extender por toda la faz de la Tierra la doctrina martiana, tratando de captar para ella el mayor número de prosélitos, en la seguridad de que la elevación del decoro que ella

propugna, la ejemplar ciudadanía que crea, y el amor al hombre, que despierta, conducirán a los pueblos de nuestro planeta a la felicidad interna y al sosiego exterior, haciendo que “todos los árboles de la Tierra se concentren al cabo en uno, que dará en lo eterno suavísima aroma: el árbol del amor, de tan robustas y copiosas ramas, que a su sombra se cobijen sonrientes y en paz todos los hombres”.

Vehículos necesita para su marcha, que ha de ser firme, incansable, sin titubeos deprimentes, ni mortífero derrotismo. Ni al fracaso temerá nuestra Orden: “el mérito no está en el éxito del acontecimiento, sino en el valor de acometer”.

Vehículos tomaremos, sí; pero vehículos nobles, como la causa santa que defendemos. Para nosotros el fin no justifica los medios, sino que estos han de ser idénticos al fin: limpios y puros como él.

Nuestros Estatutos señalan más de una docena de ellos, importantes todos.

Enseñaremos “conversando como Sócrates, de aldea en aldea, de campo en campo, de casa en casa”; pero usaremos también la modernísima radio, que en segundos nos unirá con el orbe, y hasta el radar, si con él podemos alumbrar las conciencias. Llenaremos millones de cuartillas para la prensa que “no puede ser en estos, tiempos de creación mero vehículo de noticias, ni mera sierva de intereses, ni mero desahogo de la exuberante y hojosa imaginación. La Prensa es Vinci y Angelo, creadora del nuevo templo magno e invisible, del que es el hombre puro y trabajador el bravo sacerdote”.

Amaremos y expondremos la belleza en sí, en el arte y en las letras; pero sin olvidar un minuto a la madre Naturaleza; la que —sobre todo en Oriente— es la más bella de las bellas, la más sabia de las sabias, la más tierna de las novias: la que nos da su calor solar, brinda remedio físico a nuestros males, y apoyo moral inmenso al sacudimiento de nuestras nostalgias. “La naturaleza inspira, cura, consuela, fortalece y prepara para la virtud al hombre. Y el hombre no se halla completo, ni se revela a sí mismo ni ve lo invisible, sino en íntima relación con la naturaleza”.

Por lo avanzado de la hora nos vemos precisados a suprimir, parte de nuestra disertación. Pero como no ha podido asistir a este acto el joven Gerardo Abascal, que iba a hablar sobre “Martí, pensador”, lo haremos nosotros, examinando, aunque no sea más que a la ligera, la filosofía del Maestro.

III

Dolor grande para nosotros debe ser siempre, que el Maestro no nos legara su proyectada obra “El Concepto de la Vida”, donde se proponía disertar sobre “esa vida falsa que las convenciones humanas ponen en frente de nuestras verdades naturales, torciéndola y afeándola”. Pero conformémonos con los retazos filosóficos, que a manera de notas, escribió en parte para su Cátedra de Filosofía de la Escuela Normal Central de Guatemala, y que, en síntesis, transmiten su ideología filosófica.

Para él “no puede haber *una filosofía*, como no puede haber *una religión: hay la filosofía y la religión*. La primera es el volver constante de los ojos del hombre hacia las causas de lo que en sí siente, y en torno suyo y más lejos muévase y ve”. Principio que aclara después al definir la filosofía como “el conocimiento de las causas de los seres, de sus distinciones, de sus analogías y de sus relaciones”; sintetizándolo al decir: “La filosofía no es más que el secreto de la relación de las varias formas de existencia”. En el estudio de la “relación” de las varias formas de existencia, estima, comprendidas sus causas, sus distinciones y sus analogías; todas éstas surgen del análisis de aquélla; por eso llamó a su filosofía “de relación”. Aclarando que su siglo —el XIX— no hacía más que preparar la filosofía que había de establecer el actual, al que llamaba el siglo de “síntesis”, como “del detalle” calificó al anterior.

Juicio desapasionado y lenguaje claro, eran para él los “deberes difíciles” de la potencia de filosofía; como conocer las causas posibles y usar los medios libres y correctos para investigar las no conocidas, era ser filósofo.

Su limpieza de alma y de procedimientos, eran para la filosofía, como para todo en la vida, las albas columnas sin las cuales el fracaso amenazaba al más sólido templo.

En brillante resumen de las discutidas escuelas filosóficas, afirmaba que todas ellas podían concretarse a dos: materialista y espiritualista. La primera no era más que la exageración del predominio del mundo “tangible” (física) y la segunda del “intangible” (metafísica).

“Las dos unidas son la verdad; cada una aislada es sólo una parte de la verdad”.

Mayor prueba de su eclecticismo no puede brindarse. No aceptarlo es negar la luz meridiana.

Combate el positivismo que considera anticuado obstáculo del progreso y lo mismo hace con el materialismo, al que si bien acepta como fruto “del amor humano a la verdad”, su exageración “viene a establecer la indispensabilidad de estudiar las leyes del espíritu”.

Cree en la influencia, relativa, de la “ley de heredación” al afirmar que “las cualidades de los padres quedan en el espíritu de los hijos, como quedan los dedos del niño en las alas de la fugitiva mariposa”.

Sostiene que la individualidad es el distintivo del hombre; pero ella también es relativa; pues cada individuo no es “sino un tipo de las varias especies en que los hombres se dividen, según exista en ellos dominante el amor de sí o coexista con el amor a los demás”.

Compruébase la afirmación hecha por Lizaso, de que la obra martiana “es orgánica”, obedece a principios fijos e inalterables; con el examen de esta frase: “No hay más que dos clases entre los hombres: la de los buenos, y la de los malos”, dice, y lo ratifica al estudiar la individualidad filosófica. De allí concluye en que “siendo una en todos los hombres la naturaleza humana, y uno siempre en torno de ellos el resto de la naturaleza en que el hombre influye, y que influye en él, uno han de ser los actos humanos cada vez que el mismo grupo de datos, el mismo estado nacional, la misma penuria económica, la misma irregularidad política, la misma concurrencia en el espíritu de elementos semejantes se presenten”.

Y de ello infiere la sentencia que consideramos como síntesis sublime de su genio y de su acción: “los arrebatos mis-

mos de magnífica genialidad con que esa especie de hombres acumulados a quienes se llama grandes hombres rompen en los momentos supremos de angustia, por entre los más duros obstáculos, y ponen de un solo golpe a mucho mayor distancia en el camino de la altura la bandera humana, son también una ley del espíritu; que jamás, cuando hay condiciones que hagan posible y necesaria la intervención del grande hombre, deja de levantarse debajo de algún pecho a su natural eminencia el espíritu humano”.

Solo eso se prepuso en la vida: poner de un solo golpe a mucha mayor distancia en el camino de la altura la bandera humana.

Luego explica que la filosofía “debe estudiar al hombre que observa, los medios con que observa y lo que observa. Filosofía interna, Filosofía externa y Filosofía de relación”.

De ahí que tuvo para sí, como método bueno filosófico “aquel que al juzgar al hombre; lo toma en todas las manifestaciones de su ser, y no deja en la observación por secundario y desdeñable lo que, siendo tal vez por su confusa y difícil esencia primaria, no le es dado fácilmente observar”.

Su filosofía, que llamó de relación, es ecléctica, krausista; intermedia entre el tradicionalismo y el positivismo.

Sostiene que en Kant comienzan dos filosofías: la subjetiva, Fichte; la objetiva y pesimista, Schopenhauer.

La primera estudia al hombre en sí, como sujeto de cuanto piensa y se queda en él.

Schelling ve al hombre análogo a lo que le rodea, y confunde el Sujeto y el Objeto.

Hegel, el grande, los pone en relación y Krause, más grande, los estudia en el Sujeto, en el Objeto, y en la manera subjetiva individual a que la relación lleva el sujeto que examina al objeto examinado.

Concluye con una indiscutible profesión de fe krausista, haciéndonos pensar que las ideas del filósofo alemán no llegaron a él por conducto de Sanz del Río, sino directamente: “Yo tuve gran placer cuando hallé en Krause esa filosofía intermedia,

secreto de los dos extremos, que yo había pensado en llamar Filosofía de relación”.

IV

Señor Rector y señores profesores de la Universidad de Oriente: hemos venido aquí donde los montes son más altos, más caudalosos los ríos, el cielo más azul y más bravío el mar, para exponeros nuestro programa y plantearos un problema que nadie mejor que vosotros podéis resolver, ya que, de cuanto sabíamos y de cuanto hemos escuchado esta noche memorable, concluimos acordes en que tenéis el firme propósito de hacer una Universidad nueva, no solo expedidora de títulos profesionales, sino gestadora de apóstoles, en una palabra, como la soñara Martí al decir: “Las Universidades parecen inútiles, pero de ellas salen los mártires y los apóstoles”. —“Como quien se quita un manto y se pone otro, es necesario poner de lado la Universidad antigua, y alzar la nueva”.— “Al mundo nuevo corresponde Universidad nueva”... “La Universidad europea ha de ceder a la Universidad americana”.

La escuela positivista que informó y orientó filosóficamente, la vida de la República en sus primeros años ¿ha dado fruto tan jugoso que haga necesario el seguimiento de sus teorías?

¿No sería camino adecuado ensayar el eclecticismo martiano? ¿No dio él ya un Apóstol? ¿Se negará a dar otro, teniendo el mismo material étnico aunque la época sea distinta?

Ahondemos en la doctrina martiana; pensemos mucho en esa síntesis sublime de que “la filosofía no es más que el secreto de la relación de las varias formas de existencia”. “Formas” llamó él, porque en el fondo no hay más que una. De ahí que nosotros llamemos al proceso monogenia poliplasmática, porque un solo germen plasma múltiples formas. Al hombre toca—según él—descubrir esas analogías.

Como de la mano nos conduce el guía hacia la “armonía de la naturaleza”, toda ella una sola, en lo físico y en lo moral. “Las ciencias confirman lo que el espíritu posee: la analogía de todas las fuerzas de la naturaleza; la semejanza de todos los seres vivos; la igualdad de la composición de todos los elemen-

tos del Universo; la soberanía del hombre, de quien se conocen inferiores, mas a quien no se conocen superiores”. “Universo es palabra admirable, suma de toda filosofía: lo uno en lo diverso, lo diverso en lo uno”. — “El universo con ser múltiple es uno: la música puede imitar el movimiento y los colores de la serpiente”. — “El hombre es el Universo unificado. El universo es el hombre verificado”. — “Las contradicciones no están en la naturaleza, sino que los hombres no saben descubrir sus analogías”. — Todo es análogo en la tierra, y cada orden existente tiene relación con otro orden. La armonía fue la ley del nacimiento, y será perpetuamente la bella y lógica ley de relación”.

Esa analogía y más que analogía, identidad, entre el mundo físico y el psicológico, es la base fuerte de su moral.

Lavoissier sentó el principio de que en la naturaleza nada se crea ni nada se pierde, sólo se transforma. La atmósfera está integrada por cierta cantidad de oxígeno, nitrógeno, vapor de agua, anhídrido carbónico, etc. Todos esos componentes se combinan y evolucionan multitud de veces; pero a la postre quedan siempre en la misma proporción.

Para el Apóstol algo análogo acontece con las fuerzas psíquicas que aplicamos a la vida social. El decoro, por ejemplo, es una fuerza que existe siempre en la misma cantidad; lo que ocurre es que no está repartido, a veces, equitativamente; hay quien lo posee en una gran cantidad y quien nada conserva de él. Por ello busca ansioso que el reparto de ese material tan útil sea equitativo, que cada ciudadano posea la cantidad que le corresponde, y luego, elevar la dosis *per capita*; obtenido lo cual la felicidad se acerca.

Cristo buscaba esta por el amor entre los hombres. Martí también perseguía ese fin; pero consideraba medio más adecuado para lograrlo la elevación del decoro. De un excelente ciudadano todo puede esperarse. El concepto del deber trae como secuela el respeto al semejante, a los derechos del mismo, y esto ya es amor. Quien cuida de no lesionar un derecho ajeno “ama a su prójimo como a sí mismo”, contribuyendo a la felicidad de su patria, y a la felicidad de las varias patrias que integran el universo, trae la paz y el amor universales.

¿Qué misión más grande os puede caber a vosotros, los forjadores de hombres, que crearlos con el decoro completo?

Entonces sí que, vosotros los orientales, realizaríais la nueva invasión, no ya con el machete de Maceo; “pues descansa el sable glorioso junto al libro de la libertad”; sino con la sublime doctrina de Martí. Entonces sí que vuestro sol fulgiría más, porque “donde quiera que el hombre se afirma el sol brilla”.

He dicho.

Índice

- 5** **El precoz testimonio de la imperecedera vocación martiana de la Universidad de Oriente**
- 9** **Martí en la Universidad de Oriente**
- 14** **Martí literato**
- 19** **Martí patriota y político**
- 22** **Martí, hombre y maestro de América y del mundo**
- 26** **La doctrina martiana**
- 29** **Discurso pronunciado por el Dr. Carlos A. Martínez Fortun y Foyo en la Universidad de Oriente, la noche del 27 al 28 de enero de 1948, en conmemoración del 95 aniversario del natalicio del Apóstol Martí y con motivo de la fundación de la Orden de la Rosa Blanca, Santiago de Cuba**

La primera edición de este texto fue publicada en 1948 como parte de un ciclo de conferencias en homenaje al 95 aniversario del natalicio de José Martí. Esta colección devuelve a los lectores los discursos presentados por profesores y estudiantes de la Universidad de Oriente e incorpora un prólogo del Dr. C. Israel Escalona Chadez, a modo de presentación.

Esta nueva edición de Homenaje a José Martí permite auscultar el pensamiento de profesores y alumnos de una universidad que proclamó como atributo esencial el de Ciencia y Conciencia. En la voz autorizada y firme de Felipe Martínez Arango, en las palabras de apertura del ciclo de conferencias, emerge el pensamiento progresista del núcleo fundador de la Casa de Altos Estudios. Inspirador y organizador del homenaje al Maestro, el entusiasta Director del Departamento de Relaciones Culturales esboza el “perfil vigente de Martí”.

Asimismo, se muestra la madurez del alumnado, capaz de delinear aristas esenciales del pensamiento martiano. Sirva este volumen para estudiosos de la recepción martiana en el oriente del país. Valioso además por el rescate de la memoria histórica y editorial de la Universidad de Oriente en su 75 aniversario.

ISBN:978-959-207-699-0



9 789592 076990



Ediciones UO